con la cara, que se habia cubierto con ambas manos, y sollozaba, y lloraba, y decia palabras incoherentes.

Si no hubiera causado lástima, hubiera hecho reir la figura del pobre viejo; apoyando los piés en el suelo, con las piernas rectas y la otra mitad del cuerpo formando escuadra y revolcando la cabeza sobre el brocatel de la silla.

Octavio tenia las manos crispadas, la boca contraida y las miradas de un loco. Sufria un tormento que ni en el infierno puede tener nombre.

El jóven estaba en pié, inmóvil, y con la vista fija, el viejo haciendo las mas lastimeras contorsiones y ensordeciendo, con roncos ahullidos la estancia.

Otro personaje vino á aumentar el cuadro. Don Ignacio entró y se acomodó en el asiento mas próximo á la puerta; cruzó los dedos de ambas manos, y contemplaba la escena con los ojos mas compungidos que podia.

XXI

Era cerca de medio dia cuando Don Mauro, Octavio y el mayordomo se encontraban en el escritorio.

El primero, sin haber salido del estado de agitacion en que se encontraba, pretendia saber pormenores de la desgracia que sobre él habia caido. En su semblante se conocia la turbacion de su espíritu; las venas de ambos lados de la frente se habian abultado, y se las veia latir; su respiracion ahogada y entrecortada su voz. Un médico lo hubiera creido amenazado de apoplegía fulminante.

Se habia instruido de la catástrofe de Apanindícuaro y de que en su contra se habia sentenciado el pleito en última instancia, condenándolo en las costas.

Don Mauro no queria que sus informantes guardaran silencio, y con palabras y ademanes los excitaba á que continuaran.

Don Ignacio, dando á su voz el timbre mas lamentable de que fué capaz, decia:

—Yo lo supe esta mañana, pues hace ocho dias estoy en Pátzcuaro, donde me ha detenido el señorito, pero hoy, muy temprano, llegaron José María y Nicolás, y me dieron la noticia. Todo perdido, señor, todo perdido.

—En el mismo instante, añadió Octavio, era yo despertado por Petronilo, que venia huyendo como los otros, y me dió la fatal noticia.

—¡Ya basta! gritó mas bien que dijo Don Mauro; retírense, déjenme solo.

Octavio salió.

—¿Y qué hace usted ahí? dijo al mayordomo; ¿no ha oido que le he mandado salir?

—Señor, este papel.

—¿Qué papel? dijo.

Y se lo arrebató con violencia.

Era una comunicacion de Carriedo, en la que se prevenia que si para un dia señalado (y la fecha de ese dia era el de la víspera del en que esto pasaba) no estaban satisfechos, en Zamora, los 500 pesos de multa, se duplicaria esta cantidad, poniendo en prision al dueño de Apanindícuaro, mientras no se cubria esta última suma.

Este postrer golpe, que debia acabar de abatir al desgraciado anciano, produjo en él una especie de reaccion. Leyó atentamente el papel, y con voz clara y pausada, exclamó:

—Hoy, ni los mil pesos tengo. Hagan conmigo lo que quieran.

XXII

Las amigas íntimas de Vírgen habian acudido á ver las hermosas telas y los aderezos enviados por Don Mauro, pues hacia dias que era público el proyecto de matrimonio.

Las mesas estaban cargadas de adornos, y los vestidos extendidos sobre las sillas; las jóvenes charlaban alegremente y hacian mil comentarios sobre cada objeto, y habian obligado á D. Antonio á envolver y desenvolver los lienzos y á dar su opinion sobre modas y vestidos, en lo que él no era muy erudito, pero se prestaba de buena voluntad, por ver la alegría de su hija, que aumentaba á cada instante con las equivocaciones del buen señor.

Por lo demas, su rostro manifestaba un vivísimo contento, y no solo las niñas, sino él mismo parecia haber vuelto á la primera edad.

Solo Magdalena estaba visiblemente contrariada, formando la sombra de aquel cuadro de animacion y alegría.

—¿Y no sabes, Amelia, decia Vírgen, que nos vamos á México?

—Y yo no sé, añadia Don Antonio, yo no sé pa-

ra qué trajo la carretela desde allá, para volver á llevársela.

—Si no es carretela, papá.

—¿Cómo no? una hermosa carretela abierta.

—Se llama Vitoria, papá.

—Sea lo que sea, replicaba sin darse por vencido; ¡qué hermosa estará mi hija recorriendo los paseos de la capital!.... mira, para la primera tarde escoge este vestido.

—¿En qué piensas? Ni ese trage es á propósito para en la tarde, ni ese peinado para ir en carruaje.

Y se reian á mas no poder, y el mismo Don Antonio las acompañaba de buena gana.

Indefinidamente hubieran continuado en esas hermosas pequeñeces familiares, pero la campana de la Salud vino á interrumpir la conversacion.

Se trataba de una fiesta favorita de las niñas, y de la que, por lo mismo, no podian dispensarse.

Las amigas de Vírgen se despidieron de ella, manifestando ardientes deseos por su felicidad; esto era en voz alta, pues interiormente todas se reian del novio.... envidiando su riqueza.

Vírgen quedó sola, pues en sus preparativos tenia disculpa suficiente para no asistir al templo, y se encerró en su cuarto.

Sacó un primoroso cajoncito de su costurero, y convenciéndose de nuevo de que estaba sola y puesta la aldaba de la puerta, lo abrió.

¿Qué jóven no tiene ese pequeño mueble, archivo de sus mas gratos recuerdos?

Una caja de sándalo, incrustada de concha y oro, era el tesoro de Vírgen.

Tomó una pequeña llavecita que pendia de su cuello, y abrió el estuche.

Lo primero que se descubrió eran unas cartas, en cuyo sobre se dejaba ver la letra de Jacinto, semejante á una litografía hecha de prisa.

Vírgen tomó un braserillo de plata, de los que nuestros padres acostumbraban poner en las mesas centrales para uso de los fumadores, el que estaba sin duda preparado de antemano, y sentándose, lo colocó sobre una mesa cercana, poniendo el estuche sobre sus rodillas. Despues fué tomando una por una las cartas y arrojándolas al fuego.

La niña parecia tener conciencia de que estaba cumpliendo una mision sagrada: parecia una sacerdotisa ofreciendo el holocausto.

Se levantó un humo negro y espeso, y así que estuvo consumida la primera carta, tomó la segunda, y despues otra, y otra, hasta que no quedó ninguna.

Entonces aparecieron varias flores marchitadas, unos listones y otros pequeños objetos, prendas de mejores dias, y sin vacilar, pero sin apresurarse, las arrojó tambien al brasero.

En el fondo del estuche estaba el retrato de Jacinto. Vírgen lo tomó y lo arrojó tambien en medio de las brasas, pero repentinamente dió un grito.

—¡Ah, no!

Y lo sacó del fuego, abrasándose las manos.

Se enjugó los ojos, de los que habian brotado silenciosas lágrimas durante la operacion; fué á la puerta, puso un ojo en la cerradura de la llave para cerciorarse de que nadie la veia, y sin embargo, extendió un lienzo sobre el marco, para evitar miradas indiscretas, que de ningun modo podia temer, y cuando se convenció de que estaba absolutamente sola y de que nadie podia ser testigo de sus acciones, se acercó á un tocador y arrojó el retrato en el agua. A poco tiempo, una hoja delgada y fina que lo contenia, se desprendió del carton á que habia sido unida.

Entonces quitó de su cuello un escapulario.

Ya se sabe lo que es un escapulario; se compone de dos listones, que por ambos lados rematan en dos pequeños cuadritos de lienzo, á los cuales están cosidos.

Vírgen contempló la santa imágen que en litografía estaba sobre uno de ellos, y la besó, como pidiéndole perdon por la accion que iba á cometer; despues, con sumo cuidado descosió el liston que formaba un marco al rededor, y separó dos liencesitos, uno de los cuales contenia la imágen, y el otro las armas de Aragon, bordadas en rojo.

Iba á colocar el retrato entre ambos lienzos para unirlos en seguida, pero vaciló.

—¿No será una infidelidad la que hago?

Quedó pensativa durante algunos instantes; despues, respirando fuertemente, se dijo:

—Al contrario; infidelidad fuera no hacerlo.

Y volviendo á coser el liston, quedó el escapulario como antes estaba, sin que pudiera nadie sospechar que contenia un papel adentro.

Se lo puso al cuello, se lavó los ojos para borrar las señales del llanto, y volvió á la sala.

XXIII

Magdalena y Don Antonio habian puesto en órden los trages; habian guardado los aderezos, cada uno en un estuche; habian envuelto los listones, y

en fin, habian arreglado aquel caos que las niñas dejaron al salir.

Cuando Vírgen entró, ya no tuvo que ayudarles; se sentó junto á su costurero, tejiendo una de esas pequeñas obras en las que tanto talento emplean las jóvenes.

Magdalena se sentó á su lado, y comenzó el sermon de circunstancias, el sermon que las madres raras veces dejan de predicar á sus hijas en tales casos.

Don Antonio se fingió distraido, mientras daba cuerda y arreglaba el gran reloj de la sala.

La jóven no apartaba los ojos de su labor; la madre á cada paso se veia embarazada para terminar alguna frase comenzada, y Don Antonio habia acabado por descomponer el reloj.

Este cuadro permaneció así por largo rato, y no se deshizo sino por la llegada de Don Mauro.

Su excitacion habia pasado; pero en la palidez de sus megillas, en sus labios contraidos por un contínuo esfuerzo interior, y en los velados ojos del anciano se dejaba ver que sufria horriblemente.

Don Antonio salió á recibirlo con gozo, pero éste se heló al contemplar el ademan de su amigo. Sin saludarle, lo detuvo con una seña, é inclinándose en silencio ante las señoras, fué á ocupar un sillon, no muy lejos de ellas.

Magdalena vino á colocarse á su lado, y en frente de ellos ocupó un asiento Don Antonio.

Vírgen no abandonó el suyo ni interrumpió su labor.

—Tengo que decir á usted grandes cosas, mi amigo....

—Sí, es natural; en estas circunstancias....

—Muy graves, y es inútil buscar rodeos: estoy arruinado.

A estas palabras, Vírgen dejó caer la primorosa cinta que iba tegiendo, y el gancho y el hilo, y se quedó mirando fijamente á Don Mauro.

Don Antonio se levantó como impulsado por un resorte, y permaneció inmóvil, de pié.

Solamente Magdalena no se alteró.

—¡Arruinado!

—Completamente, mi amigo. El pleito perdido, el ingenio incendiado, mi tesoro, mi caudal, robado. Deseo que me preste usted mil pesos para evitar ir á la cárcel.

—¿Pero todo eso es cierto?

Don Mauro refirió brevemente las desgracias de que habia sido víctima; apenas pudo con voz apa-

gada terminar su relacion, y próximo estuvo á desmayarse.

—¡Madre mia! exclamó Vírgen arrojándose en los brazos de Magdalena: Dios no ha aceptado mi sacrificio.... y ¡cuánto me costaba fingir!.. ... ¡Queria salvar á mi padre, aun á costa de mi amor!.....

EPÍLOGO.

I

Al pié de una montaña se extiende el pueblo de X.....

¡Qué triste es el aspecto que presentan sus calles rectas, sus casas de madera, sus tejados cenicientos y sus alrededores sembrados de pinos!

Ruido ninguno interrumpe la monotonía y la tristeza: el mismo viento parece que pasa de prisa, para llegar cuanto antes á mejores regiones.

No lejos del pueblo, bajo una sombría bóveda de pinares y sobre la amarillenta alfombra que forman las hojas desprendidas, está sentado un hombre.

¡Qué aspecto tan extraño! Es un jóven de cabellos blancos.

O mas bien, con mas propiedad, es un anciano de veintiseis años.